

LETRAS

letrillas

LETRONES

CENTENARIO Y MEDIO

SIGMUND FREUD DE 1856 A 2006

En su monumental *El descubrimiento del inconsciente / Historia y evolución de la psiquiatría dinámica*, Henri Ellenberger escribió, refiriéndose a Pierre Janet, que éste “es un ejemplo notable de la inadecuación que existe frecuentemente entre la importancia real de la obra de un sabio y la importancia que le asignan el éxito y la fama”. Tres décadas después la frase puede aplicarse, especularmente, a su coetáneo y *frère ennemi*, Sigmund Freud, cuando el sesquicentenario de su nacimiento coincide con la crisis de la institución psicoanalítica y con un proceso de desmitificación de una de las figuras tutelares de la cultura occidental del siglo XX, que la había colocado junto a Copérnico y Darwin.

Al ir más allá de la biografía canónica escrita por Jones, el historiador canadiense adoptó en su erudita investigación una visión muy crítica sobre las fuentes de Freud y sobre la influencia que tuvo sobre su doctrina la obra de algunos de sus predecesores y contemporáneos, a los que no siempre citó. Uno de los descubrimientos más perturbadores de Ellenberger fue que la introducción del “método catártico”, que la versión oficial situaba en la raíz misma de la técnica analítica, no había

sido sino una actitud adoptada voluntariamente por Anna O., sin utilidad terapéutica alguna. Para este autor, lo más novedoso de la acción del padre del psicoanálisis fue probablemente la fundación de una “escuela”, de un movimiento con su propia organización y casa editorial, sus reglas estrictas y su doctrina oficial.

La creación de una rígida burocracia institucional que promovía y supervisaba la hagiografía de sus fundadores, velaba por la conservación y la pureza del dogma y vigilaba cuidadosamente que los catecúmenos no se desviaran en sus escritos de la doctrina recta, llevó a Henri Baruk, director de la célebre Maison de Charenton, a expresar, por los años sesenta, la *boutade* de que el psicoanálisis se había convertido, al igual que el comunismo, en una religión del siglo XX. La empresa del joven neurólogo vienés, convencido en un principio de las bondades terapéuticas de la cocaína (certeza que nunca abandonó del todo y que justificó su consumo crónico)—y quien tuvo durante su breve paso por la Salpêtrière la revelación de un inconsciente del que la opinión pública le endosaría el descubrimiento—, sobrepasó muy pronto los límites de una teoría o una praxis médicas para convertirse, como es bien sabido, en una teoría de la cultura. Por eso el éxito del freudismo fue mayor en el ámbito de las ciencias humanas que en el de las biológicas, en las que su influencia ha ido decayendo lenta-

mente en el transcurso de los últimos cuatro decenios. No es de extrañar que el aniversario de su nacimiento haya sido más celebrado por las Facultades de Filosofía y Letras y por los especialistas de la literatura y la filosofía alemanas que por las Facultades de Medicina y las sociedades psiquiátricas, ahora bajo la fascinación de las neurociencias y las llamadas ciencias cognitivas. Las primeras han demostrado la obsolescencia de las teorías freudianas sobre el mecanismo y función del sueño y los sueños, y *a fortiori* sobre su interpretación (Michel Jovet pudo escribir en los años setenta que la moderna neurofisiología del dormir y del soñar era a la teoría psicoanalítica de los sueños lo que la astronomía era a la astrología), en tanto que las segundas han favorecido un retorno del interés en la conciencia, tema central de la neurofilosofía, lo que ha conducido a que disminuya la importancia que las disciplinas “psi” otorgaban al papel del inconsciente en la génesis de muchos trastornos ahora explicados en términos de genética y de neurotransmisores cerebrales.

A la obra desmitificadora de Ellenberger se sumaron muchas otras, con el entusiasmo que genera contribuir a la *chute des idoles*: “*Freud et le monothéisme bébreu*” y “*La psychanalyse devant la médecine et l'idolatrie*”, ambas de Henri Baruk; “*Sigmund the unserene / A tragedy in three acts*”, de Percival Bailey; “*L'homme aux statues / Freud et la faute cachée du père*”, de Marie Balmay; “*La scolasti-*



Sigmund Freud

que freudienne”, de Pierre Debray-Ritzen; “Freudian fraud / The malignant effect of Freud’s theory on American thought and culture”, de E. Fuller Torrey; “Killing Freud / Twentieth-Century culture and the death of psychoanalysis”, de Todd Dufresne; *El caso Freud / Histeria y cocaína*, de Han Israëls, entre otras.

¿Que repercusión tendrá este tipo de obras en la consideración que tendrá el personaje en este siglo que se inicia? ¿Cómo influirá el triunfo de la psicobiología en el futuro del psicoanálisis (técnica de autoconocimiento, reflexión sobre el hombre y la cultura, sistema de creencias o instrumento filosófico)? ¿Se levantará Freud un día (como Marx de entre las ruinas del muro de Berlín) para exclamar ante los orgullosos neurocientíficos, demasiado seguros de sí mismos, que nunca habrá una antropología basada en los neurotransmisores? (El desesperado intento del psicoanálisis por reciclarse del que es ejemplo el *Journal of Neuropsychoanalysis*—entelequia semejante a los centauros—lleva en sí el germen de su aniquilamiento). A pesar del desengaño de una promesa fallida y la revelación de sus errores y mistificaciones, el descubrimiento del fenómeno de la transferencia y la enseñanza de que tras el “caso” habla siempre un hombre, evitarán seguramente que en el futuro un autor considere a Freud, como Borges al Aquinate, “un autor de literatura fantástica”. —

— HÉCTOR PÉREZ-RINCÓN

FRANCIA

LA LARGA SOMBRA DEL GENERAL

Dicen que, cansado de arbitrar entre sus partidarios de derecha e izquierda, el general De Gaulle exclamó en cierta ocasión: “¡Aquí todo el mundo ha sido, es o será gaullista!” Hoy ya no queda en Francia ningún partido que lleve su nombre o reivindique abiertamente su herencia política. El último, el RPR¹ de Jacques Chirac, desapareció en 2002 al transformarse en el partido que gobierna actualmente, la UMP.² Sin embargo, oh ironía de la historia, pareciera que el gaullismo nunca hubiera pesado tanto en la vida pública francesa, hasta el punto que, para algunos analistas, constituye uno de los factores menos evidentes pero más decisivos de la grave crisis que está atravesando el país.

Yo tengo para mí que no les falta razón. Presente en todas partes y al mismo tiempo en ninguna, la ubicua influencia del gaullismo resulta hoy determinante y se ejerce, como la de cualquier ideología, en función inversa de su visibilidad. Y, como cualquier ideología, va imponiendo aquí y allá las pautas de aquello que, sin plantear

dudas y de un modo aparentemente natural, puede pensarse, decirse o hacerse. Nada de extraño tiene así que brille por su ausencia en un sinnúmero de artículos y reportajes que tratan de dar cuenta de lo que está ocurriendo en la vieja Galia. Y es que, más allá o más acá de las muchas cosas que están ocurriendo, se asiste entre sombras al final de un sueño: la convulsa agonía de esa “cierta idea de Francia” que el general De Gaulle consiguió erigir en imagen de la patria, en modelo indiscutible de la comunidad nacional.

No hay que olvidarlo: el gaullismo, como el PRI en México, o como Acción Democrática en Venezuela, fue siempre algo más que un partido o una doctrina política. Su vocación hegemónica lo llevó muy temprano a confundirse con la propia identidad francesa y a sentar así las bases simbólicas de la más legítima nacionalidad. Recordemos que, cuando concluye la Segunda Guerra Mundial, De Gaulle aparece como el hombre providencial que transforma en victoria la derrota de 1940, redimiendo a los franceses de cuatro años de sufrimientos y/o de colaboracionismo. Además, rodeado de un aura épica, su regreso señala la restauración de los principios y valores de la verdadera Francia, “la Francia eterna”, como solía decir del modo más solemne. Despojados de su halo mítico, esos principios y valores son, en realidad, los de una política fundada en una intransigente reivindicación de la soberanía nacional que se acompañó de la creación de un nuevo y gigantesco Estado: la V República Francesa. El gaullismo instaura con ella una forma de poder que tiene un pronunciado carácter presidencialista en su estructura de gobierno, que es antiliberal e intervencionista en el plano económico, y que, desde un punto de vista social, hace del pleno empleo no sólo un objetivo sino prácticamente un sacrosanto derecho de los ciudadanos. Si a esto le añadimos el autoritario legado del centralismo jacobino y el espejismo dieciochesco que les hace creer aún a los franceses que su cultura es “la cultura universal”, el escenario parece bien dispuesto para

¹ Rassemblement pour la République.- N de la R.

² Union pour un Mouvement Populaire.- N de la R.

que medio siglo de inmovilismo des-
emboque en la crisis actual. Y es que
el problema francés, insisto, no es sólo
económico o social, ni se reduce a una
batalla contra el liberalismo, o contra la
globalización, o contra las discrimina-
ciones étnicas o religiosas. Se trata, en
el fondo, de un conflicto más amplio
y más profundo que toca a la idea que
Francia se hizo de sí misma a través del
gaullismo, esa idea que hoy, sometida a
la presión del mundo en que vivimos, ya
no se corresponde con su realidad.

¿Cómo cambiar sin dejar de ser uno
mismo? ¿Cómo transformarse sin traicionarse? Desde hace varios años, se
habla de la necesidad de convocar una
Asamblea Constituyente y de asentar
los fundamentos de la VI República
Francesa, una de las propuestas más
valientes que se han hecho hasta ahora
para enfrentar la crisis y para em-
pezar a liquidar la herencia del gaullis-
mo. Reemplazar un Estado hidrópico
y centralista por otro mejor adaptado
a las exigencias del presente, sustituir
una institución presidencial degradada
y ambigua por la figura de un primer
ministro o un jefe de gobierno único, y
convalidar al fin la soberanía compartida
dentro del ámbito europeo serían
algunos de los objetivos de la refun-
dación.

Una nueva República —un nuevo
pacto de convivencia— representaría
además la ocasión de sentar alrededor
de la misma mesa a todos los actores
sociales y reanudar un diálogo que se
ha roto, en parte, por la soberbia de
las elites gobernantes y, en parte, por
el corporativismo furioso y la lógica
insurreccional de los sindicatos. Éstos
siguen oponiéndose obstinadamente
a cualquier reducción de la plantilla
de funcionarios y a cualquier modo de
flexibilización del empleo en un país
cuyo déficit público alcanza ya casi el
cuatro por ciento de su PIB y donde
existe, desde hace por lo menos quince
años, un paro crónico que afecta al cua-
renta por ciento de los jóvenes en los
barrios más desfavorecidos. Ninguna
economía moderna, es decir, ninguna
que repose sobre su capital humano,

puede permitirse hoy semejantes datos
sin comprometer seriamente el presen-
te y el porvenir de sus ciudadanos. La
creación de una VI República Francesa
abriría espacios para que puedan rea-
lizarse concertadamente, y sin que se
instale un clima de violencia en el país
(la vieja tentación revolucionaria fran-
cesa), las reformas más urgentes e insos-
layables: la del sistema de seguridad
social, la de los servicios públicos, la
del código laboral y la de la educación
superior.

En fin, *last but not least*, pasar de la V
a la VI República permitiría hacerle un
buen *lifting* a la identidad francesa y ace-
lerar la evolución de las mentalidades,
tal y como ocurrió en la España posfran-
quista, o en muchos países de la Europa
del Este después de la Guerra Fría. En
este campo, no son pocos los retos que
esperan a las gentes de la dulce Francia:
entender, por ejemplo, que el Estado no
siempre es bueno ni la empresa privada
siempre mala, aceptar que se puede ser
árabe, o africano, o mexicano y francés, o
admitir que la cultura francesa también
tiene que aprender de las otras aunque,
ciertamente, tiene los mejores quesos y
vinos del planeta.

Es muy temprano aún para saber si
la idea de la nueva República acabará
ganando más adhesiones, o si será otra
la vía que tomarán las reformas. Por lo
pronto, lo único seguro es que las cosas
no pueden seguir como están, pues existe
una conciencia cada vez más extendida
de que el cambio es necesario e inelu-
dible. El reciente fracaso de Villepin
parece prolongar la espera hasta las
elecciones de 2007. Pero, entre tanto,
aquí y allá, distintos grupos de reflexión
ya están imaginando el país que vendrá.
Quizás hoy por hoy, ante el rápido des-
gaste de la clase política, una de las prin-
cipales incógnitas es saber quién podrá
contar con la suficiente autoridad para
liderar las reformas. Con fina ironía, y
algo de resignación, Olivier Duhamel,
uno de los más ardientes partidarios de
la VI República, lo escribió hace algún
tiempo en *Le Monde*: “Nos hace falta un
De Gaulle.” —

— GUSTAVO GUERRERO

DOCUMENTALIA

ÚLTIMO EXPLORADOR

La primera noticia que tuve
sobre el antropólogo y cineas-
ta Robert Gardner (1926) se
debió a Octavio Paz. En un ensayo de
1974, “La pluma y el metate: Robert
Gardner”, recogido en *In/mediaciones*
(1979), se refiere a dos de los grandes
documentales que cimientan la fama
del bostoniense: *Dead Birds* y *Rivers of
Sand*. Gardner fue uno de los primeros
modernos en aplicar la cinematogra-
fía al estudio del hombre (un capítulo
del libro, “Just representing”, repasa la
historia de la vieja relación entre cine
y antropología) y además lo hizo con
fascinante pericia, integridad moral y
soberbia belleza; mucho le debe desde
entonces el género del documental a
sus convicciones narrativas, éticas y
estéticas.

En vísperas de graduarse, hace
muchos años, Robert Gardner decidió
“inventar un tipo de antropología que
utilizase el cine y la fotografía en vez
de palabras”. Lo consiguió a tal grado
que, años después, mereció este elogio
de Paz, difícil de atribuir sin hipérbole:
“Su cámara mira con precisión y siente
con simpatía: objetividad de etnólogo
y fraternidad de poeta.” El escrito es de
los años en que Paz acudía anualmente
a la Universidad de Harvard, donde
Gardner dirigía el Carpenter Center for
Visual Arts. La amistad con el cineasta
llevaría al poeta a escribir uno de los
pocos textos que dedicó al cine. (Ojalá
que algún día, ahora que ha publicado
su testimonio de vida, y para que el
círculo se cierre, Gardner pueda ter-
minar un documental sobre su amigo
Paz, a quien filmó abundantemente en
México y en Cambridge.)

The Impulse to Preserve (Other Press,
2006, 384 pp., casi 500 fotos) es un pro-
digioso documento visual y narrativo.
Una primera, extensa parte, profusa-
mente ilustrada con increíbles fotogra-
fías o fotogramas de sus documentales,
recoge los diarios de trabajo de campo
escritos durante la filmación de una

decena de documentales, y los salpica con notas o cartas –enviadas o recibidas– de su riquísima vida de científico y cineasta; la segunda, recoge varios escritos críticos sobre cine, fotografía y pintura. Ambas zonas, desde luego, están inflamadas por un fervor misteriosamente cargado a la vez de pragmatismo y pasión vital. Y es que la de Gardner ha sido una vida febril que no deja de estar marcada por ese prestigio aventurero que los exploradores clásicos del romanticismo cedieron a los científicos, arqueólogos y antropólogos modernos, últimos avatares del explorador que se adentra en el corazón de las tinieblas. En el caso de Gardner, esta pasión arraiga en los contrastes de una trayectoria escindida entre las aulas patricias de Harvard y los sitios más recónditos y “primitivos” del planeta. Una vida que ha puesto un pie en dos mundos opuestos y misteriosamente complementarios, de la sofisticación social y académica de Nueva Inglaterra a la crudeza de sociedades que contienen, en su escala diminuta, una intensa decantación de esencialidad humana: los *danis* de Nueva Guinea, los *uda fulanis* nigerianos, los coquetos *gerewols*, *nuer* sudaneses, *afar* y *hamar* etíopes o los *ikas* (una rama maya) del noreste de Colombia. Este contraste, desde luego, se extremó en el triste destino de otro antropólogo, Michael Rockefeller, amigo y colaborador de Gardner, que desaparecería legendariamente en la expedición a Nueva Guinea en 1961 y que es retratado por su amigo con contenida emoción en unas páginas del libro.

De la invención europea del “salvajismo” –tan bien explicada entre nosotros por Roger Bartra en *El salvaje artificial* (ERA, 1997)– al conflicto romántico entre modernidad y primitivismo, la curiosidad científica y los remordimientos del progreso han suscitado la última y extremada frontera de reflexión crítica sobre la naturaleza de la sociedad y el sentido mismo de la antropología, la etnografía y la historia, pero también un vetusto, nutrido troncal literario y artístico. El ingreso



Fotograma del documental *Dead birds*, de Robert Gardner.

de la cinematografía a ese conflicto, con la fuerza de la imagen y la captura de una “verdad” ajena tanto al artificio como al diseño de cualquier noción de verosimilitud o verismo, atizó y refinó el dilema. El libro de Gardner es, en este sentido, una fascinante vuelta de tuerca, en tanto que *regresa* del documental a la intimidad de quien, detrás de la cámara y su aspiración de objetividad, debate su propia moral, cuestiona su responsabilidad y registra no sólo sus frustraciones y dudas de explorador, científico y cineasta, sino, muy especialmente, la naturaleza secreta de su pesquisa personal.

Todo viaje hacia el corazón de las tinieblas es un viaje al propio corazón en tinieblas, y *The Impulse to Preserve* cumple intensamente con ese aspecto desde su primer capítulo, “A human document”. Una fotografía sobrecogedora muestra a una criatura indecisa, un tejido de pellejos en el que lo animal y lo humano apenas puede diferenciarse. La imagen suscita entonces una prosa vibrante que explica a esa anciana consumida y abandonada, cuyos últimos alientos le permiten una supervivencia

precaria que apenas palpita, comiendo tierra, mientras lentamente se reintegra al humus, en silencio, desprovista de piedad y compasión. Un jirón de alma casi convertido en basura que, durante varias semanas, mientras filma a su tribu (los *danis*, que practican obsesivamente la guerra ritual en Nueva Guinea), el cineasta observa con el asombrado *pathos* de quien puede sentir toda la piedad necesaria, y a la vez sabe que no puede intervenir de ninguna manera en un “orden” que rebasa sus emociones. De este modo, como es obligatorio, el viaje hacia las márgenes del mundo y de la “civilización” lo es también hacia las zonas marginales del observador, un “yo” que en el libro de Gardner, narra y analiza, observa y actúa las emociones perentorias de quien se está moviendo en la tiniebla, entre rituales y pulsiones inextricables, entre la materia prima misma de los convenios culturales “inocentes” –la guerra, el odio, el amor, la muerte– y que, a diferencia del misionero o del político, se halla desprovisto de todo lo que no sea su poder de observar, de mirar a través de una lente que es, al mismo tiempo, una

coartada y una conciencia.

Entre las suntuosas narraciones que dividen el libro en un capítulo por cada película realizada, y el minucioso registro de cada incidente, los retratos de personajes y lugares, es especialmente interesante la forma en que Gardner termina por trazar su propio retrato y sumergirse en su propia “áfrica” interna, eso que en los documentales sólo se adivina en la elección de alguna toma, en el ritmo que se le otorga o la forma en que el montaje alude a una emoción del cineasta. En efecto, Gardner confiesa sin ambages, aquí y allá mientras avanza el libro, que “al perseguir la quimera de estos pueblos aislados, se me ofrecen las metáforas para ahondar no sólo en su aislamiento, sino en el mío propio”. Una pesquisa amarga que a veces se resuelve en una furia incómoda, desesperación ante los innumerables contratiempos, arranques de intensa ternura o en sutiles ironías, como cuando, con una inevitable sonrisa, confiesa cierta semejanza con *Henderson, el rey de la lluvia*, el atribulado personaje de Saul Bellow, paradigma del fugitivo que, sin objeto ni razón precisa, huye de la civilización.

The Impulse to Preserve es un libro extraño, como señala el poeta Charles Simic en su prólogo, al subrayar cómo se entretejen en su factura los sueños y las realidades, lo remoto y lo cercano. Extraño por su prosa y por sus imágenes, y hasta por su nombre (tomado de Philip Larkin, para quien ese impulso yace en el fondo de toda actividad artística), la clave del libro parece radicar en esa pregunta final: el impulso por preservar... ¿qué? No sólo esas culturas en la periferia de las periferias, ni tampoco el respeto que merecen y que no pude impedir que, inevitablemente, sucumban ante el progreso. En 1996 (“Going back”), Gardner narra un viaje de regreso al territorio de los *danis* y levanta un conmovedor inventario de la forma en que, 35 años después de la filmación de *Dead Birds*, todo ha cambiado. Quizás la respuesta a qué y por qué preservar se halle en una fotografía maravillosa (p. 312) de ese capítulo y que

podría operar como una alegoría de una vida de trabajo y de una elección moral. En la imagen se ve, bajo el sol de Nueva Guinea, sobre una vereda, a dos hombres abrazados: un *dani* oscuro de rostro vivísimo llamado Weyak, descalzo y con taparrabos, y el alto cineasta rubio que décadas atrás lo había fotografiado. Más allá del tiempo y de orígenes y culturas, la amistad los une en un afecto indiscifible. Quizás lo que hay que preservar es aquello que, en el centro y en el fondo de nuestra más clara y opaca naturaleza humana, palpita sin diferencias con los antepasados culturales que todos llevamos dentro. —

— GUILLERMO SHERIDAN

HISTORIA

TRECE ROSAS

El 15 de agosto de 1939, acabada la Guerra Civil Española, derrotado por completo el gobierno legítimo de la República Española, Franco hizo fusilar, asistido de secuaces suyos, a trece mujeres inocentes, siete de ellas menores de edad —menores de 21 años. Con ellas fusiló a otros 43 jóvenes, varones. Casi todos pertenecían a la Juventud Socialista Unificada, la JSU, una de las muchas organizaciones en que se atomizó la España republicana. Buscaba el flamante dictador hacer un escarmiento “ejemplar” contra esa institución, por los miembros que todavía tuviera y que aún quisieran mantenerse en actividad clandestina, y también vengarse de ella por la oposición —simbólica— que le hizo a sus ejércitos, con las modestas armas que se allegó la organización, y con su trabajo propagandístico.

Además, hacía poco, un alto funcionario de la policía política del nuevo gobierno “nacional” había sido asesinado en una carretera, en un atentado que nunca se aclaró —y que probablemente provino de sus propios correligionarios, que él mismo (furibundo antimasón) amenazaba. En el hecho murieron además el conductor y una hija del milite.



Cartel de la Solidarité Internationale Anti-Fasciste en apoyo a la República Española.

A las jóvenes de la JSU se las inculcó del suceso. Habían estado presas desde semanas antes, pero los fiscales y los jueces las encontraron culpables y les cargaron, en juicio desde luego que “sumarísimo”, la pena capital. Así se las gastaba la justicia fascista de esa España “victoriosa”.

En el otro bando, los llamados “descontrolados” de los grupos anarquistas y comunistas republicanos habían perpetrado barbaridades comparables, aunque sin la ceremonia del juicio. Atentar contra el Estado de derecho, suspenderlo, da lugar a eso y más.

Desde luego que no todos los comunistas y anarquistas habían actuado así, ni muchísimo menos.

Una noche, poco antes de amanecer, pero aún a oscuras, las reclusas de la prisión de Ventas se despertaron con los pasos de las carceleras, las “gobernantas”. Venían con linternas —en la devastada Madrid no se disponía de muchas horas de electricidad cada día, ni en todos los barrios. Las levantaron de las esteras o petates en que las tenían echadas, les dieron apenas el tiempo de ponerse los pobres vestidos y las fueron sacando al patio, donde ya se podían distinguir malamente entre ellas. Todas llevaban mucho miedo.

Y allí les fueron diciendo:

—Tú, apártate a esa pared, que pronto vienen por ti, para llevarte. Hoy te toca... Y tú también. Sin lloriqueos... Y tú. Y tú lo mismo. Y esas dos.

Era una de las llamadas “sacas”, en que sacaban a fusilar a los reos de muerte. Y como sabían que tenían echada la pena capital, las jovencitas se abrazaban rápido para despedirse de sus compañeras y se iban formando. No les habían dicho el día en que habían de ejecutarlas. Era ése.

—Adiós, Doloritas. Haz que tus padres arreglen pronto tu asunto, o te matarán como a mí.

Las llevaron a la capilla de la prisión. Les dieron una hoja de papel y un lápiz. Podían escribir doce renglones de despedida para su familia, si querían. Y rezar. Rezaron. Y escribieron. Una de ellas, de diecinueve años, Julia Conesa, cobradora del tranvía, redactó este adiós a los suyos:

Madre, hermanos, con todo el cariño y entusiasmo os pido que no me lloréis nadie. Salgo sin llorar. Me matan inocente, pero muero como debe morir una inocente. Madre, madrecita, me voy a reunir con mi hermana y papá al otro mundo, pero ten presente que muero por persona honrada. Adiós, madre querida, adiós para siempre. Tu hija, que ya jamás te podrá besar ni abrazar.

Que mi nombre no se borre en la historia.

Las devolvieron junto a la entrada general. Había amanecido.

Las demás, casi todas, aún las esperaban algo aparte en ese patio, con un hondo espanto. Con una lástima inmensa.

No acababan de formarse junto al portón cuando se oyeron motores. Entraron guardias armados y las presas que habían de vivir las vieron desaparecer por la alta rendija. Afuera había un camión de campaña, grande, de techo de lona, donde las metieron, y otro detrás con gente armada. Las llevaban al Cementerio del Este o de la

Almudena. Antes de echar a andar, una de ellas, desde el camión, arrancó sola con el Himno de la Juventud Socialista. Las demás se le unieron luego. No las hicieron callar.

Se las llevaron. Tenían la esperanza de encontrarse, aunque fuera para morir, con sus hermanos, con sus novios.

Junto a uno de los muros del cementerio, no muy largo, las hicieron bajar. Había otros camiones más allá. Y sí: había muchos otros reos, 43, pero todos muertos, fusilados, tendidos en el piso, ensangrentados del cuerpo y las cabezas. Y muchos más guardias armados.

A las trece muchachas, incluso las siete menores de edad, las formaron ante ese muro no muy largo, entre los muertos —tal vez en tres grupos de cuatro, quizá mientras las otras esperaban y miraban.

Y las mataron también. Y les dieron el tiro de gracia —no morirían todas con la primera descarga múltiple, de cinco, de siete fusiles.

A todas, a todos, los enterraron en zanjias y fosas colectivas. En la Almudena. Allí están, indiferenciados, irreconocibles. Hermanados.

Los padres y hermanos, cuando más adelante, esa mañana, fueron a la prisión para preguntar por ellas, por cada una de las trece, para llevarle alguna colación, alguna ropa, los preciados jaboncitos, fueron informados, así como se oye, de “que ya se pueden llevar eso, ya no lo necesita, ya no está aquí”. Ante la angustiada pregunta que por fuerza había de seguir a esa cruel revelación (a esa burla, a esa venganza adicional por haber criado a “una hija así”), les espetaba el guardia o la gobernanta que a su hija, a su hermana la habían fusilado esa madrugada. Y si la hermana o la madre, desolada, enloquecida, se ponía a negar, a llorar a gritos, a maldecir, la amenazaban con que “largo de aquí, que la próxima puede ser usted”.

No se les permitió saber dónde había quedado ninguna.

Esto lo han contado los que lo vieron y oyeron, los que lo vivieron. Los que lo sufrieron.

El suceso trascendió a la prensa extranjera. En París, en Londres, en Nueva York se ventiló que Franco hacía fusilar a mujeres menores de edad tras juicios sumarios. Para obsequiar sus conveniencias, para abonar su larga, larguísima sobrevivencia antidemocrática, el régimen se abstuvo de fusilar a menores de edad otra vez. Pero siguió fusilando a españoles republicanos, acabadísima la guerra: cientos y miles, hasta la década de 1950.

El dictador tomó la costumbre de avalar con su firma todas las condenas de muerte. Lo hacía después de comer. Mientras tomaba el café en su despacho, iba leyendo los expedientes y el acta final. Firmó miles de veces. Se bebió miles de tacitas de café. De esas.

Las trece jóvenes mujeres se conocieron pronto como las Trece Rosas.

Después cayeron en el olvido.

Hace poco, el Ayuntamiento de Madrid puso ese nombre, “de las Trece Rosas” —pero sin especificar los trece nombres en la placa conmemorativa, como si costara tanto—, a la calle en que todavía se alza el muro donde las fusiló el dictador, con la asistencia de sus secuaces —los que seleccionaron a las víctimas inocentes, y los fiscales, los jueces, los supuestos defensores, las carceleras, los guardias armados que se las llevaron, los que les dispararon, los que les dieron tierra sin tomar nota —para esconder sus cadáveres—, los que ocultaron el hecho allí y en los expedientes y en su conciencia, los que elogiaron al dictador y su sistema entonces, los que lo avalaron diplomáticamente y en lo eclesiástico... y los que lo elogian todavía ahora y quieren exaltar su memoria.

Muchas otras placas luctuosas, es cierto, se podrían develar con los nombres de las víctimas inocentes de la barbarie de los “descontrolados” del bando republicano. Es verdad. Muchas.

Pero los que echaron abajo el Estado de derecho fueron los alzados, los traidores. El gobierno legítimo de la República Española era eso: legítimo. Merecía todo el respeto, todo el apoyo, más que de nadie del ejército, cuya

misión era sostenerlo. Era una institución con los mecanismos para sortear los vaivenes que la amenazaban. Los militares habían jurado mantenerla, defenderla. Cada año lo juraron, incluso en 1936, en que gran cantidad de ellos –salvo unos pocos– se pronunciaron contra su propia “palabra de honor”.

Las Trece Rosas han merecido ahora, 67 años después de su martirio, que se las recuerde. Con un documental de la directora asturiana Verónica Gil (*Que mi nombre no se borre de la historia*), con un libro del periodista Carlos Fonseca (*Trece Rosas Rojas*, Madrid, Temas de Hoy, 2005), con un artículo de Lola Huete Machado en *El País* (“La corta vida de trece rosas”, II-XII-05), con una novela de Jesús Ferrero (*Las trece rosas*, Siruela, 2003).

Sus nombres:

Carmen Barrero Aguado, Martina Barroso García, Blanca Brissac Vázquez, Pilar Bueno Ibáñez, Julia Conesa Conesa, Adelina García Casillas, Elena Gil Olaya, Virtudes González García, Ana López Gallego, Joaquina López Laffite, Dionisia Manzanero Salas, Victoria Muñoz García y Luisa Rodríguez de la Fuente. –

– JUAN PUIG

TELEVISIÓN

PERDIDOS SIN REMEDIO

A mediados de 2004, Michael Eisner y Bob Iger, entonces director y subdirector de Disney, echaron sin miramientos a su subalterno Lloyd Braun, quien hasta entonces llevaba las riendas de la cadena televisiva ABC, una de las empresas del gigante del entretenimiento estadounidense. De acuerdo con el libro *Disney War: The Battle for the Magic Kingdom*, de James B. Stewart (ganador del premio Pulitzer por *Den of Thieves*), el motivo principal de su despido fue que Braun había apoyado ferozmente el lanzamiento de la serie *Lost*, la historia de un



Evangeline Lilly de *Lost*.

grupo de supervivientes del derrumbe de un avión en una isla misteriosa –un proyecto al que ellos se oponían y al que calificaron como “una locura que jamás funcionará” (Eisner) y “una auténtica pérdida de tiempo” (Iger, actual director de Disney)– y, sobre todo, que se había gastado más de diez millones de dólares tan sólo en la producción del programa piloto.

Para evadir la posible cancelación, Braun encargó, para entregar en menos de una semana, un tercer tratamiento del argumento original de Jeffrey Lieber a J.J. Abrams, creador de las exitosas series *Felicity* y *Alias*, y a Damon Lindelof, escritor de la serie *Crossing Jordan*. El giro pseudoesotérico que le imprimieron a la historia dejó a Braun fascinado, y sin tener el guión del primer programa terminado, dio luz verde a las audiciones, lo que permitió a Abrams y Lindelof crear y adaptar personajes a la medida de los actores seleccionados. La filmación se

hizo a todo correr en Hawái y Braun visitó el set poco antes de cerrar la posproducción, felicitó calurosamente a todo el equipo por lo que estaba seguro sería todo un éxito, y justo al volver a su oficina recibió la llamada fatal de Iger.

Pero la venganza es un plato que se come frío: Braun es actualmente director de medios y entretenimiento de Yahoo!, y el programa inicial de *Lost*, que se convirtió en el más caro jamás filmado, se transmitió el 22 de septiembre de 2004 con la sintonía de más de dieciocho millones de hogares, lo que desmintió las desastrosas predicciones de Eisner y Iger, y colocó a la desfalleciente ABC (junto con la también popularísima *Desperate Housewives*) en los primeros lugares de audiencia y publicidad, mismos que ha mantenido hasta la fecha, con la transmisión de la segunda temporada –que en México está disponible sólo en los servicios de televisión por cable.

Desde los primeros episodios, la respuesta de la prensa y los televidentes dejó claro que *Lost* –ganadora del Emmy en 2005 y del Golden Globe en el 2006– estaba destinada a ser un programa de culto que, sin dejar de atraer la atención del gran público, hipnotiza a hordas de milenaristas, conspiracionistas, fanáticos de la ciencia ficción, el ocultismo y los cómics, que han abierto cientos de miles de páginas y foros de internet y celebrado varias convenciones para compartir su pasión y discutir sus teorías sobre las diversas tramas. El propio Abrams patrocina el foro electrónico the.fuselage.com, en donde el equipo creativo de la serie lanza migajas de información a los aficionados, y hay una revista especializada y varios sitios derivados de la serie (*spin-offs*), como www.oceanicairlines.com, de la supuesta aerolínea cuyo vuelo 815 Sidney-Los Ángeles se perdió sin dejar rastro.

Y vaya que hay material de sobra para teoricar: los guiones mezclan con gran eficacia los *flashbacks* de las atormentadas vidas previas de la docena de protagonistas, que estaban desde

entonces oscuramente ligadas, con las adrenalínicas peripecias de su estancia en la isla, en donde no solamente deben protegerse de las inclemencias del tiempo y buscar agua y comida, sino que son acosados por una francesa enloquecida que lleva dieciséis años en la isla y fue la única de un equipo de científicos que resistió a una epidemia, un monstruo inasible, un jabalí gigante, un caballo y un oso polar, voces venidas de ninguna parte, fantasmas, y sobre todo a los Otros, una especie de secta, al parecer formada por residentes previos de la isla, que ha infiltrado al menos a dos de sus miembros entre los sobrevivientes del avionazo y de los que se sabe poco más aparte de que tienen una clara inclinación por raptar a menores. Por si fuera poco, se encuentran con un búnker subterráneo, en donde hay un extraño escocés, que, antes de desaparecer, les informa que, debido a un desperfecto en las investigaciones de *The Dharma Initiative*, un proyecto de la Fundación Hanzo, una nebulosa corporación científica, alguien debe teclear en una computadora, exactamente cada 108 minutos, las cifras 4, 8, 15, 16, 23, 42 (una serie de números "malditos" que persigue a Hurley, otro de los protagonistas, y cuya suma, por cierto, da 108), so pena de destruir la isla y el universo mundo. No todo es negativo: la isla también hizo que uno de los personajes principales (Locke) se levantara de la silla de ruedas en la que viajaba y que otra, Rose, se curara de un cáncer terminal.

Así enlistados, los anteriores elementos suenan, para quien no es seguidor de la serie, verdaderamente ridículos. Y lo son. Los guionistas no tienen reparos a la hora de dar vueltas de tuerca, repartir a mansalva lugares comunes de la superstición y pistas inverosímiles, o retorcer la lógica interna de las tramas (porque de la lógica aristotélica, olvídense), por no hablar de las dosis masivas de cursilería que cuelan entre cada corte a comerciales y de los conceptos que se planchan de otras obras. Uno de los ejemplos más claros es la idea de la isla que vuelve

realidad los más profundos deseos y temores de sus habitantes, exportada sin aranceles del planeta vivo de *Solaris*, de Stanislaw Lem.

Pero el encanto de *Lost* es real. Verla es un placer culpable sin atenuantes: no puede presumir el lustre de guionistas como Alan Ball (el de *American Beauty*), creador de la serie *Six Feet Under*, ni la dirección de Rodrigo García, como *Carnivale*, ni tiene historias adaptadas de Rubem Fonseca, como es el caso de *Mandrake*, ni grandes personajes históricos, como el César de *Rome*.

Es un encanto que va más allá de sus deslumbrantes locaciones y de su reparto, infaliblemente atractivo y/o carismático, moldeado con precisión milimétrica para facilitar la identificación de una amplia variedad de colectivos y etnias, y dirigido con muy buena mano. Este amplio elenco permite sustentar infinitas subtramas que se van modificando según la respuesta que reciben de la audiencia, y hace que la serie no decaiga cuando algún actor deserta o un personaje muere.

A fin de cuentas, la importancia de los guiones en *Lost*, lo mismo que en series tan disímolas como *The Sopranos*, *The West Wing* o la ya mencionada *Six Feet Under*, representa un regreso al poder de la escritura, de las historias y los personajes complejos, multidimensionales, en contraste con la avalancha de telerrealidad de cuarta categoría que copaba los horarios estelares en los últimos años. Los personajes de *Lost* son profundamente vulnerables, eran *freaks* y náufragos sociales desde antes de llegar a la isla; y a partir del accidente, lo que les sucede toca las fibras más sensibles de la sociedad occidental, pues redescubre la seducción y el poder devastador de la naturaleza y de lo irracional, que resulta menos amenazante que flagelos reales como la violencia urbana y el terrorismo.

En el fondo, factores sociales aparte, la historia de *Lost* cumple con un anhelo último y secreto de sus espectadores: la promesa de que es posible conjugar los desastres con los milagros. —

—UNA PÉREZ RUIZ

VIAJES IMAGINARIOS

COLÓN, EL DESCUBRIMIENTO

Primero

Hay un libro con todos los descubrimientos. Desde Cristóbal Colón observando la costa a unos metros de distancia, manoteando de felicidad, arrojándose de la carabela al agua para aventajar a sus marineros, hasta el hombre que, poseyendo la misma riqueza monetaria de Dios, descubre un billete en el bolsillo de un pantalón que acaba de coger de la secadora. Páginas adelante Max Planck muerde un lápiz, soltando de pronto un chasquido, mientras anota una teoría tan novedosa como irreversible para medir la luz en cuantos. En la siguiente página figura el hombre que descubre, con toda precisión, que en esa llamada telefónica, una con ella, hubo exactamente ciento veintinueve cuantos, cálculo que en realidad sólo él puede medir. Un continente o una moneda, una teoría en la física y otra personal. El asunto con este libro, y se antoja pronunciarlo con tono argentino, es que no ha sido descubierto. No obstante, notemos lo que tienen en común estos hombres: sus descubrimientos ocurren en el momento menos esperado. Y, ojeando estas páginas inexistentes, si se da lugar a un destacado navegante igual que a un anónimo de primera es porque los descubrimientos que desatan las ideas y sus libros conforman un mundo en el lector, acaso el único que importa.

Segundo

Supongamos que en una avenida se rinde homenaje a todos los descubridores. Digamos que el monumento estelar está dedicado a Colón. Fijemos la mirada en tamaño retoño, que, como todo prócer que posa para el escultor, merece una placa con alguna de sus frases célebres. ¿Cuál? Suspendamos aquí las palabras, Colón no dijo nada memorable. Nadie cita al navegante en medio de un aprieto, pero no empuje-

mos a nuestro protagonista a tan soporífera escena. Todo héroe debe tener su frase célebre y si no, se antoja, como gustaba a Ibarra, especularla. Indaguemos en los retratos escritos. No cabría plantar en este texto un árbol genealógico de Cristóbal Colón, ni echarse un clavado a las minucias de sus viajes. Pero tres detalles, tres naves, flotan entre sus cartas y biografías. Su Niña: Colón gozaba de una destacable fama de hipocondríaco, sufría frecuentes achaques que repiten tanto Bartolomé de las Casas como su hijo Hernando, y él se encargaba de hacer saber el estado de sus dolencias en sus misivas, de modo que una opción sería: “Caray, mañana será un mejor día.” Su Pinta: Un aspecto menos ilustrado de Colón, y raro en la España del Descubrimiento, era su afición de librero. Anotaba y dibujaba los márgenes de sus ejemplares, dejando rastro para identificar esta rarísima característica, hasta la fecha, que es ser un comprador de libros. Una posible inscripción para la placa del lector: “Caray, ayer fue mejor que hoy.” Su Santa María: Era un hombre de agradables conversaciones, buen sentido del humor, y suponemos que llegó a repetir el mismo chiste una y otra vez como si esa frase fuera un naufragio en la isla del humor, así que podríamos revelar una broma de categoría repetitiva, la nuestra, para que nuestros congéneres crean que la hemos tomado prestada.

Digamos, también, que hay otros monumentos. Por ejemplo, el del hombre que descubre su calvicie luego de observar la coladera del baño y notar que su cabellera cabalga por las tuberías. Su placa: “¿Por qué querrían recordarme por mi melena?” Y conformémonos con un solo hombre que descubre el restaurante donde sirven los mejores y más barrocos emparedados, en el que con letras doradas brillaría la frase de su encuentro: “Los muchachos de la

oficina no crearán lo estupendo de estos emparedados.” Suspendamos aquí para enmarcar el segundo del descubrimiento: la frase es necesaria para ordenar el caos de la eureka. En este paseo por la avenida que no existe, se antoja congelar todas las frases por igual, pues quizá las palabras que despiertan un descubrimiento, menor o mayor, son el inicio de toda narración.

Tercero

A severemos que un descubridor necesita, a su vez, a alguien que lo descubra. El encargado de señalar al culpable. Es sabido, por ejemplo, que Colón se desdibujó del mapa abandonado por su familia, pobre, con una extensa nómina de infortunios tan numerosos como

los achaques suscitados. Digamos que habríamos podido encontrarnos su infausta fama de navegante hundida en la silla de una taberna. Pero alguien, apetece creer que el hombre que recorta y pega las ilustraciones para los libros escolares, puso la piedra para inmortalizarlo.

Que nos baste con esto, su imagen, aquella que

guardamos desde la primaria. Dejemos que la imagen sople veloz. Un hombre con la cabeza cubierta con algo que podría ser un sombrero, una holgada camisa blanca y un collar. Resulta esencial que no cambie de atuendo para no liberar las confusiones. Alguien decidió que recordáramos a Colón de este modo y no de otro. Para este hombre tenemos reservado su nombre en una calle, una que forma parte de una colonia donde podrían estar los descubridores de los descubridores. Callejuelas, callejones y recovecos con sus nombres. Para la mujer del hombre que se está quedando calvo, por ejemplo. Esto para conmemorar el quinto centenario de la muerte de Colón, pues mire si no es para abochornarse con otra celebración. Suspendamos así las palabras: quien narra al descubridor, quien lo yergue,



Cristóbal Colón
por Andy B.

a su vez, encuentra el principio del manoteo entusiasta de su estudiado al desordenar y ordenar frases, al hallar oraciones que, luego de quedar fijas en las páginas, son tan relevantes en la historia como el descubrimiento mismo.

Nota de relación para el excelentísimo lector: No nos echemos un clavado en las aguas del entusiasmo, para ello es sustancial que haya lectores.

Cuarto

Imaginemos una ciudad de lectores. Lectores que descubren frases y luego ideas. Un lector merece, igual que un descubridor, un monumento. Acaso por el espacio nuevo al que lo llevan estas navegaciones, acaso porque interpreta el caos y el orden de las palabras. Suspendámonos en ellas. Igual que la grandeza de encontrar nuevas tierras, tan incalculable como la luminosidad en una llamada telefónica, el descubrir, nimiedades o relevancias, es lo que importa.

Falso descubrimiento: Leer nos descubre, como a Colón, hallando un continente. —

— BRENDA LOZANO

LATINOS

A TODOS DILES QUE SÍ

Amurallada por algunos anacrónicos inmuebles decimonónicos y las tiendas y negocios que inundan las calles del gigantesco *shopping mall* que es hoy Manhattan, está la plaza arbolada de Union Square, espacio limítrofe entre la concurrida calle de Broadway, el otrora barrio bohemio del Bowery y la Estación Central. Entre las magnolias y las rosas que adornan las jardineras del Parque ovalado, se levantaron como hojas de árboles humanos pancartas que rezaban: “Ningún ser humano es ilegal”, “*We love America*”, retratos del ubico Che Guevara y banderas mexicanas, y estadounidenses las más. Era el 1 de mayo, día del trabajo —en muchos países, no en Estados Unidos—, inmejora-

ble para convocar a una huelga laboral y marchar en contra de la propuesta de la ley H.R. 4437, la cual, de ser aprobada por el Congreso Estadounidense, metamorfosearía, de la noche a la mañana, a millones de trabajadores indocumentados en delincuentes. Un caso masivo de Gregorios Samsas.

Para las cuatro treinta de la tarde, la histórica plaza, cuyo pasado es un vínculo vivo con las luchas por los derechos laborales y civiles, estaba salpicada de figuras blancas como estatuas de sal puestas en libertad. Eran los mexicanos, ecuatorianos, guatemaltecos y otros latinos a quienes se les pidió vistieran de ese color. Pronto el blanco se perdió entre el arribo de otros grupos ataviados con otros distintivos: camisetas verdes con consignas en inglés, adornadas con el martillo y la hoz, o simples vestimentas de civil. Una vez que se hubieron reunido los convocados, comenzaron los discursos a cargo de líderes sindicales conocidos en el escenario público neoyorquino, pero que difícilmente los mexicanos habrían podido reconocer, pues, hasta hoy, sus luchas se han llevado a cabo por separado –tal vez con razón. Más complicado todavía fue encontrar un sentido coherente para las arengas previas a la marcha, debido al escaso español de la mujer encargada de las traducciones, que parecían suceder con atraso, como si hubiera dos, tres o más *meetings* simultáneos, cada uno pulsando a su propio ritmo.

Entre los gritos innecesariamente desgarrados de los líderes (el equipo de sonido constaba de enormes bocinas que transportaban los discursos de sur a norte sin dificultad) y la masa de gente reunida, se vio pasar a uno que otro turista confundido, y visiblemente molesto, abriéndose paso entre la multitud para poder llegar al lado sur del parque, donde se encuentran famosas tiendas de discos, ropa, comida, cafés de moda y cines de arte en que probablemente esos turistas serían atendidos por esos otros inmigrantes que no obtuvieron el permiso para asistir al *meeting*, pero quienes de pie, desde

las vitrinas, observaban el espectáculo. Innegable era la fuerza de la presencia de todos estos trabajadores, en lo cotidiano invisibles, escondidos en las entrañas de los restaurantes, detrás de los mostradores de las pizzerías, repartiendo comida, podando árboles, reparando techos, componiendo sótanos, lavando platos, fileteando pescados, cosechando verduras, conduciendo taxis, limpiando casas. Su presencia, que alimenta el apetito voraz del estómago capitalista, se hizo tangible, pero no gracias a los voceros de la manifestación, quienes decidieron unir su lucha a otras de distinta naturaleza. Para el final del *meeting*, en el micrófono el inglés entrecortado de un líder de la comunidad Palestina intentaba reconciliar dos realidades que poco o nada tienen que ver, la experiencia de dos muros cuyos materiales no podrían ser más distintos.

A las cinco de la tarde, el sol de primavera derretía los cuerpos. Las consignas del comienzo se apagaron para recomenzar una vez que se emprendió la caminata. Pero el mensaje había errado. Los mexicanos rechazaban los periódicos comunistas que algunos estudiantes repartían por la módica cantidad de un dólar. Curiosamente, muchos mexicanos, una vez legalizados, tienden a votar por el partido conservador, tienden a asimilar los valores estadounidenses sin cuestionarlos demasiado. Volvamos la mirada a las pancartas: “*Don't you understand? We love America!*” El apoyo de la Cámara de Comercio, la presencia invisible en la marcha, no es gratuito; tampoco lo es el apoyo de los negocios que dieron permiso a sus trabajadores de asistir a la marcha: que se queden, que puedan seguir pagándoles salarios que pocos estadounidenses están dispuestos a recibir, que sigan alimentando la economía de servicios sin que a ella le cuesten gran cosa, que les den amnistía o papeles, pero que no les digan cuándo. Que salgan a la calle a ver la luz del sol para después volver a las oscuras entrañas de la luminosa metrópoli. –

– AURA ESTRADA



¿SABES TODO ACERCA DE LOS CANDIDATOS?

INVESTIGA SUS PROPUESTAS.



VIVE LA
DEMOCRACIA



IFE
INSTITUTO FEDERAL ELECTORAL